Dejando heridas abiertas

Las esterilizaciones forzadas en el Perú y la lucha por la verdad, la justicia y la reparación

Fotos por: ELENA BASSI, 2025

Resumen

Entre 1996 y 2000, el Estado peruano implementó un programa de planificación familiar que derivó en la esterilización forzada de más de 270 000 mujeres, principalmente quechuas, asháninkas, shipibas, awajún y campesinas de zonas rurales, pobres y sin acceso a servicios básicos. Bajo el pretexto de combatir la pobreza a través del control natal, el régimen de Alberto Fujimori desplegó una política pública violatoria de los derechos humanos más fundamentales, en la que miles de mujeres fueron engañadas, coaccionadas o directamente forzadas a someterse a ligaduras de trompas sin su consentimiento libre e informado.

Este texto introductorio propone una reconstrucción crítica del caso de las esterilizaciones forzadas en el Perú, enmarcándolo como una política sistemática de violencia de género, racismo institucional y autoritarismo estatal. Este recorrido busca abrir el espacio a las voces silenciadas de algunas mujeres esterilizadas en la región de San Martín, cuyas historias de dolor, resistencia y dignidad serán recogidas en las páginas siguientes.

Introducción

La historia reciente del Perú está marcada por una serie de violaciones sistemáticas a los derechos humanos, muchas de las cuales siguen impunes y sin reparación. Una de las más atroces y menos visibilizadas es la política de esterilizaciones forzadas llevada a cabo durante el régimen de Alberto Fujimori entre 1996 y 2000. Bajo el nombre del Programa Nacional de Salud Reproductiva y Planificación Familiar, el Estado peruano promovió y ejecutó campañas masivas de anticoncepción quirúrgica voluntaria (AQV) que, lejos de ser voluntarias, implicaron coerción, manipulación y violencia directa contra miles de mujeres, la mayoría de ellas indígenas y campesinas.

Según cifras del Ministerio de Salud (MINSA), fueron esterilizadas más de 270 000 mujeres y alrededor de 22 000 hombres en ese periodo. Sin embargo, organizaciones como AMPAEF, DEMUS entre otras, señalan que el número real de víctimas es aún mayor, considerando los múltiples obstáculos burocráticos, legales y sociales que han impedido que muchas mujeres puedan denunciar lo sucedido. Estas cifras no solo reflejan una tragedia numérica, sino la existencia de una política estatal de control demográfico basada en criterios étnicos, económicos y de género.

Para la abogada y defensora de derechos humanos María Ysabel Cedano, de DEMUS, "lo que ocurrió en el Perú fue una forma de violencia institucional sistemática contra mujeres pobres e indígenas, disfrazada de política de salud pública". De hecho, múltiples testimonios recogidos por AMPAEF y por medios como *La República* e *Infobae* revelan patrones recurrentes: mujeres engañadas con promesas de alimentos o medicinas, presionadas durante partos, esterilizadas sin anestesia o sin entender los formularios que firmaban en español, lengua que muchas no dominaban.

El caso de Celia Edith Ramos Durand, una joven campesina que murió tras ser esterilizada en condiciones inhumanas, es uno de los más emblemáticos y ha sido recientemente admitido por la Corte Interamericana de Derechos Humanos, abriendo el primer juicio internacional sobre estas prácticas. Como señala la CIDH: el Estado peruano no ha garantizado la justicia ni la reparación adecuada a las víctimas, a pesar de los compromisos asumidos ante el sistema interamericano.

A 25 años de los hechos, las víctimas aún esperan justicia. La creación del Registro de Víctimas de Esterilización Forzada (REVIESFO) en 2015 fue un avance importante, pero hasta hoy solo una fracción de las mujeres ha sido reconocida oficialmente. En 2024, seis demandas fueron presentadas ante el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos exigiendo reparaciones integrales, sin una respuesta estructural ni un programa claro de compensación y rehabilitación.

Este texto quiere articular los planos macro y micro de esta problemática. En primer lugar, reconstruyendo el marco histórico, político y jurídico de las esterilizaciones forzadas en el Perú. En segundo lugar, visibilizando las luchas de las víctimas por la justicia y la reparación, en un contexto de desinterés estatal y racismo estructural. Y finalmente, abriendo paso a las voces de las propias mujeres afectadas, cuyas historias recogidas en entrevistas recientes en la región de San Martín dan cuenta no solo del sufrimiento, sino también de la resiliencia, la denuncia y la esperanza.

El fujimorismo, la pobreza y el racismo como política de Estado

Para comprender la magnitud y especificidad de las esterilizaciones forzadas en el Perú durante los años noventa, es necesario analizar el contexto político e ideológico del régimen de Alberto Fujimori. Su gobierno, en nombre de la modernización y la lucha contra la pobreza, promovió una política demográfica profundamente funcional al modelo neoliberal adoptado en alianza con organismos financieros internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario

Internacional. En ese marco, el control poblacional fue concebido como una herramienta para "reducir la pobreza", pero la población objetivo no fue elegida al azar: fueron principalmente mujeres indígenas, campesinas y de zonas rurales andinas y amazónicas quienes sufrieron de esta política violenta.

Esta focalización no solo respondió a criterios económicos o logísticos, sino a un imaginario colonial persistente que asocia lo indígena con el atraso, lo rural con la ignorancia, y lo pobre con la amenaza demográfica.

La política pública se convirtió así en un mecanismo de disciplinamiento de cuerpos racializados. El aparato estatal —desde funcionarios del Ministerio de Salud hasta personal médico militarizado— actuó bajo un principio implícito de selección racial: a las mujeres blancas o urbanas no se les ofrecía la ligadura de trompas, mientras que a las mujeres quechuas, awajún o campesinas, se les inducía o forzaba a someterse a ella, frecuentemente sin traducción a su idioma, sin información comprensible ni consentimiento voluntario. El racismo estructural se expresó no solo en quiénes fueron esterilizadas, sino también en la impunidad posterior y en la desatención sistemática de sus demandas de justicia.

En una entrevista a Alejandra Ballón, autora del libro "Memorias del caso peruano de esterilización forzada" ella afirma que: "La esterilización forzada en Perú fue el mayor genocidio desde su colonización", y señala que "el control poblacional apuntó a eliminar lo que el sistema consideraba sobrante, improductivo, o problemático: mujeres indígenas que, por su sola existencia, eran vistas como carga y no como sujeto de derechos" https://actualidad.rt.com/programas/entrevista/208901-entrevista-alejandra-ballon-investigadora-social . La lógica de exterminio silencioso y selectivo se enmascaró bajo una supuesta política de salud reproductiva, pero su ejecución demuestra un patrón de limpieza étnica.

Como muestra Ballón, muchas mujeres fueron víctimas de campañas masivas en comunidades nativas o campesinas, donde se priorizó el número de intervenciones sobre el respeto de derechos. Médicos recibían bonos por alcanzar cuotas, y las mujeres eran transportadas en camiones como "rebaños" a centros de salud, donde eran operadas en condiciones precarias. Los trabajadores sanitarios se sentían presionados por las autoridades para realizar más esterilizaciones de las que podrían ser médicamente necesarias.

La discriminación estructural se manifestó también en la falta de respuesta posterior por parte del Estado. A pesar de los múltiples testimonios, investigaciones y denuncias, han pasado casi tres décadas sin una reparación integral.

El racismo institucional, así, no solo posibilitó las esterilizaciones, sino que también sostuvo el silenciamiento posterior, impidiendo justicia, ocultando pruebas, y relegando las voces de las víctimas a los márgenes del discurso público. La lucha por el reconocimiento de las esterilizaciones forzadas como crimen de lesa humanidad ha sido también una lucha por el reconocimiento de la humanidad misma de las mujeres indígenas y rurales.

El programa AQV: cuerpos racializados como campo de intervención

La implementación del programa de Anticoncepción Quirúrgica Voluntaria (AQV) durante el segundo gobierno de Alberto Fujimori fue articulada desde una lógica tecnocrática y profundamente autoritaria. El Ministerio de Salud estableció metas numéricas por regiones, premiando a los centros de salud y al personal médico que lograra "cumplir cuotas", mientras que se aplicaban sanciones y represalias a quienes no alcanzaban las cifras previstas. En lugar de priorizar el acceso a una salud reproductiva libre, informada y digna, el Estado convirtió a las mujeres indígenas y campesinas en objetivos de intervención sanitaria bajo presión y coerción.

Las regiones más afectadas compartían características socioeconómicas comunes: pobreza estructural, acceso limitado a servicios básicos, población predominantemente indígena y zonas rurales con fuerte presencia de mujeres con múltiples hijos. Como señaló la Corte Interamericana de Derechos Humanos en su informe preliminar, "el Estado peruano no sólo no garantizó el consentimiento informado, sino que incentivó una práctica sistemática de violaciones a la integridad física y psicológica de miles de mujeres" https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-65476115 .

Las entrevistas realizadas a mujeres de la región de San Martín dan cuenta de la brutalidad de estas prácticas. El patrón se repite en múltiples testimonios: personal médico o enfermeras que visitaban casa por casa; promesas de planificación gratuita o de entrega de alimentos; firmar documentos en español sin traducción o explicación; procedimientos realizados sin anestesia o con violencia verbal y física; mujeres devueltas a casa en moto, desangrando, sin ningún cuidado postoperatorio.

Una de las mujeres lo resume con crudeza: "Nosotras no queríamos. No nos explicaban nada. Nos dormían, nos cortaban, y después nos dejaban botadas. Ahora estoy llena de dolores: cintura, vejiga, espalda. No puedo trabajar. Y ellos, los doctores, ganaban premios. Nosotros solo ganamos enfermedades".

Las voces de estas mujeres son prueba irrefutable del carácter violento, racista y sistemáticamente discriminador del programa. No se trató de casos aislados, sino de un patrón de acción con respaldo institucional y cobertura estatal. Se vulneraron principios básicos de derechos humanos y se atentó directamente contra la autodeterminación reproductiva de mujeres racializadas.

La creación de asociaciones de víctimas, como la Asociación de Mujeres Esterilizadas del Centro Poblado Menor de Nauta, El Dorado, Región San Martín fue una respuesta organizada al olvido estatal. Fundada en 2016, esta agrupación reúne a más de 30 mujeres afectadas, quienes han viajado a Lima a dar testimonios ante el Ministerio de Justicia, la Defensoría del Pueblo, e incluso ante la CIDH. Como explicó **Consuelo**, presidenta de la asociación: "cada una tiene su historia, cada una sabe cómo la engañaron. Estamos unidas para buscar justicia, pero también para que esto no vuelva a pasar".

El caso peruano se convierte, así, en un paradigma de cómo el racismo estructural, el clasismo y el machismo pueden conjugarse en políticas públicas que en su ejecución refuerzan jerarquías coloniales y vulneran los cuerpos de los más excluidos. No fue una política sanitaria: fue una tecnología de dominación sobre cuerpos indígenas considerados reproductivamente peligrosos.

Una violencia que no terminó: el caso de una mujer de la comunidad Alto Pucalpillo en Lamas y la continuidad del racismo institucional

Los gobiernos pasan, las leyes cambian, pero en el Perú profundo la violencia continúa. A pesar de las denuncias internacionales, de la creación de registros oficiales, de las audiencias públicas, **el mismo aparato institucional que esterilizó a miles de mujeres indígenas entre 1996 y 2000 sigue operando con los mismos prejuicios, con el mismo desprecio, con la misma impunidad**. Y lo más grave: sigue esterilizando. Así lo demuestra el caso de **C.**, ocurrido en **2022**, en plena "democracia".

C. no fue víctima del fujimorismo. Fue víctima del sistema. En 2022, en el hospital de Tarapoto le realizaron una esterilización sin su consentimiento libre e informado. Tenía que dar a la luz con cesárea, pero cuando ella estaba dormida en sala operatoria convencieron a su marido a firmar papeles sin explicarle para que eran y así con este engaño la ligaron.

“A mí no me dijeron que me iban a ligar. Y mi esposo tampoco sabía, pero él firmó los papeles.

Hasta ahora no sé qué tipo de ligadura me hicieron, si me cortaron o me amarraron las trompas.

La verdad es que no quería que me ligaran, porque era joven y no quería que me hicieran eso.” C.

El caso de C. no es una anécdota. Es un crimen. Es la demostración viva de que la lógica eugenésica, patriarcal y racista que operó en los noventa no ha desaparecido: **sólo ha mutado en sus formas**. Hoy no hay un decreto firmado desde el gobierno, pero sí hay prácticas médicas cotidianas que siguen vulnerando derechos, especialmente en zonas rurales donde el acceso a la información, a la justicia y al respeto es mínimo o inexistente.

Como dijo una de las mujeres de su comunidad, al escuchar su testimonio: “A C. no le hicieron eso por accidente. Le hicieron porque sigue existiendo el mismo pensamiento: que las mujeres pobres no tienen derecho a decidir, que sus cuerpos no valen, que están para obedecer y callar.”

Ese pensamiento sigue instalado en los pasillos de los hospitales, en los formularios que nadie traduce, en las prácticas que asumen que una mujer indígena con hijos “ya tuvo suficiente”. Sigue en los médicos que actúan con arrogancia y prepotencia, en las autoridades que dicen “no hay presupuesto para ti”, en las defensorías que nunca llegan a las comunidades más alejadas. **Sigue vivo en la negación estructural del racismo en el Perú**.

C. tuvo el coraje de contar su historia, cuando se enteró de que muchas otras mujeres —hace 25 años— habían vivido lo mismo. Ese encuentro con la memoria colectiva transformó su dolor en indignación, su miedo en denuncia:

“Yo pensaba que solo me había pasado a mí. Me sentía culpable, pensaba que era mi error. Pero cuando escuché a las otras mujeres, entendí que esto no era un error. Era un patrón. Era una decisión. Era una injusticia. Y que no terminó con el gobierno Fujimori.” *C.*

Este caso **desmonta por completo la narrativa oficial** según la cual las esterilizaciones forzadas fueron “un error del pasado” o “una política aislada” de un gobierno autoritario. Lo que demuestra C. es que el **racismo estructural, el clasismo médico, el machismo estatal y la violencia contra las mujeres indígenas no han sido erradicados**: han cambiado de rostro, de discurso, pero siguen operando con la misma lógica.

Como afirma **Delicia**, otra víctima de la región: “A nosotras no nos hicieron eso porque no sabíamos… nos lo hicieron porque sabían que no íbamos a poder defendernos. Porque sabían que no valíamos nada para ellos. Porque éramos pobres, porque éramos indígenas, porque vivíamos lejos. Por eso.”

La violencia no fue un accidente. Fue una **decisión política**, una práctica institucionalizada y sistemática, **dirigida específicamente a un perfil poblacional: mujer, indígena, campesina, pobre, rural, con varios hijos**. Y esa lógica —la de ver esos cuerpos como cuerpos de “exceso”, de “riesgo”, de “problema”— **sigue viva hoy en los consultorios, en los hospitales, en los formularios, en los gestos, en las omisiones, en los ministerios.**

La indignación con la que habla **Consuelo**, presidenta de la asociación de mujeres víctimas de Nauta en San Martin, no es solo dolor. Es claridad política: “Somos 300 mil mujeres y 27 mil varones. Nosotras no pedimos limosna. Pedimos justicia. No queremos que nos den, queremos que nos reconozcan lo que nos hicieron. ¿Qué esperan, que nos muramos todas? ¿Que ya nadie diga nada?”

No hay reparación posible sin reconocimiento del daño. No hay justicia sin memoria.

El caso de C. no es una excepción: es la prueba viva de que la lógica de la esterilización forzada sigue operando en el presente. Es la señal de alarma que desmiente cualquier discurso de superación o de progreso. **Es el grito que exige acción, verdad y reparación, no solo para las víctimas del pasado, sino para las del presente y del futuro.**

Justicia que no llega: la lucha organizada de las mujeres y sus exigencias

Durante décadas, las mujeres víctimas de esterilización forzada han sido ignoradas, burladas, patologizadas o tratadas como números. El Estado peruano —a través de sucesivos gobiernos— ha demostrado una constante incapacidad, e incluso resistencia, a reconocer plenamente los crímenes cometidos. Frente a este abandono institucional, **las propias mujeres han encabezado una lucha valiente y persistente por la memoria, la justicia y la reparación integral**.

Desde la creación de organizaciones como **la Asociación de Mujeres Víctimas de Esterilización Forzada del centro poblado de Nauta**, hasta campañas nacionales como **"Somos 2074 y muchas más"** promovida por DEMUS, las mujeres no han dejado de denunciar públicamente, presentar expedientes, declarar ante autoridades, organizar marchas y escribir cartas al Estado, a pesar de la estigmatización, del racismo y del silenciamiento constante.

Lo que exigen son **derechos. Exigen justicia. Exigen reparación.** Lo han dicho una y otra vez, en múltiples foros:

- Que se reconozca el crimen como **violación de derechos humanos y violencia de género estructural.**
- Que se apruebe e implemente un verdadero **Programa de Reparaciones Integrales**, no simbólicas ni burocráticas, sino que incluyan **atención médica especializada, salud mental, pensiones, justicia penal y disculpas públicas.**
- Que se judicialice a los responsables —no solo médicos, sino también ministros, funcionarios, firmantes, ejecutores políticos.
- Que se garantice **no repetición**, capacitando al personal de salud, traductores, jueces, fiscales, y erradicando el racismo institucional desde la raíz.

En septiembre de 2024, seis demandas fueron presentadas ante el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos por organizaciones como AMPAEF. Estas exigencias pedían la implementación urgente de un plan nacional de reparaciones. La respuesta del MINJUSDH fue silencio administrativo.

Y, sin embargo, las mujeres persisten. **Cada testimonio, cada viaje a Lima, cada pronunciamiento colectivo, es un acto político de dignidad.** Han tomado el espacio público, han confrontado ministros, han marchado frente al Congreso, han interpelado a la CIDH. Como declaró **Consuelo** en un encuentro: "Antes me daba vergüenza contar lo que me hicieron. Ahora no me da vergüenza a mí. Les debería dar vergüenza a ellos. Yo no tengo que esconderme. Yo no cometí ningún crimen. El crimen lo cometió el Estado."

"Queremos una justicia que nos escuche con nuestros idiomas, que nos crea con nuestras cicatrices, que nos repare con nuestros dolores, que nos respete con nuestras voces. No queremos que nuestras hijas pasen por lo mismo." — *(Testimonio colectivo, San Martín)*

Un mensaje al Estado peruano

Miles de mujeres indígenas y campesinas fueron esterilizadas por orden de su Estado. No por decisión propia, sino por **engaños, amenazas, violencia física, desprecio, racismo y poder.** Lo que el Estado peruano llamó política de salud pública fue, en realidad, una maquinaria de control de cuerpos indeseables. Una limpieza silenciosa.

Y aún hoy, esas mujeres siguen vivas. Caminan con sus cicatrices. Luchan con su dolor. Hablan, aunque nunca las hayan querido escuchar. Y exigen justicia.

“Me dijeron ‘¡ratón! — ya te ligamos para que no sigas pariendo’. Me lo dijo el doctor mientras me dolía todo el cuerpo. Yo me sentía como un animal atrapado.”

“Nos trataron como chanchas, como si fuéramos máquinas de parir. Nos dormían, nos abrían, nos tiraban como si no valiéramos nada. Yo lloraba y ellos ganaban.”

“Me llevaron con mentiras, me dormí y cuando desperté ya estaba ligada. No me dieron ni una pastilla. Me sentía como si me hubieran violado el cuerpo.”

Así querrían que se sintieran: como animales, como cuerpos sin voz, como úteros que alguien más podía cerrar para siempre. La violencia que vivieron no terminó en la sala de operaciones: continúa cada día en el abandono, en el silencio, en la falta de justicia. **¿Y el Estado? Calla. Demora. Niega. Miente.**

No se puede seguir ignorando que detrás de cada número hay una historia de trauma profundo. **Cada mujer tiene su historia.** Su dolor merece atención, su lucha merece respeto, y su vida merece reparación.

El camino hacia la justicia está trazado. Las demandas están presentadas. Las pruebas existen. Los testimonios están vivos. **Solo falta voluntad.**

El Perú no puede construirse sobre el cuerpo violado de sus mujeres. No puede mirar al futuro mientras ignora el vientre forzado de su pasado. No puede hablar de desarrollo mientras calla el racismo estructural que infecta su sistema de salud, su sistema judicial, su burocracia y su memoria.

Esta es una exigencia. Pero también es una advertencia. Porque **la memoria no olvida. Y las mujeres no van a rendirse.**

“Nosotras vamos a seguir hablando. Con voz o sin voz. Con fuerza o con llanto. Pero vamos a seguir. Porque lo que nos hicieron no se borra. Y porque no queremos que se lo hagan a nuestras hijas.” *Consuelo*

Introducción a los testimonios de la Asociación de Mujeres Víctimas de las Esterilizaciones Forzadas del Centro Poblado Menor de Nauta, El Dorado, Región San Martín

Las voces que siguen pertenecen a mujeres que cargan en su cuerpo y en su memoria uno de los episodios más crueles de la historia reciente del Perú. Integrantes de la **Asociación de Mujeres Víctimas de las Esterilizaciones Forzadas del Centro Poblado Menor de Nauta, El Dorado, Región San Martín**, ellas narran con detalle cómo fueron engañadas, violentadas, abandonadas y marcadas de por vida por las políticas de "anticoncepción quirúrgica" implementadas en los años noventa y, en algunos casos, aún replicadas después.

En sus relatos aparecen escenas de **humillación verbal**: médicos y enfermeras que las insultaban abiertamente, llamándolas *animales*, *ratones*, *chanchas*, o burlándose de ellas como *capadas*. Este lenguaje degradante no fue un accidente: fue parte de la lógica racista y misógina que sostenía el programa. La violencia verbal acompañaba siempre la violencia física, confirmando el desprecio racista y clasista con el que eran tratadas.

También cuentan cómo fueron **engañadas o nunca informadas** sobre lo que les iban a hacer: algunas fueron llevadas al hospital diciéndoles de que tenían *tumores* o *hernias*, y despertaron ya esterilizadas. Otras fueron invitadas a una supuesta *"reunión informativa"*, y una vez allí, las durmieron y las operaron sin su consentimiento. En muchos casos, los médicos e incluso las enfermeras iban repetidamente a sus casas para presionarlas, inventando amenazas ("si no se operaban podían morir") o convenciendo a sus maridos para que firmaran en su lugar. Firmaron papeles sin traducción, sin explicación, sin consentimiento. Algunas eran muy jóvenes, casi adolescentes, cuando las ligaron para siempre.

En los hospitales, el escenario era de terror. Varias mujeres narran que **querían salir e irse**, pero no se lo permitían. A otras las **amarraron a la cama** cuando intentaban resistirse o se quejaban del dolor. Después fueron **enviadas a casa sin ningún tipo de apoyo médico**, sin calmantes, sin antibióticos, con heridas abiertas que a veces alcanzaban hasta **14 puntos de sutura**. Algunas

tuvieron que **caminar de regreso a sus comunidades** tras la cirugía, en condiciones de dolor extremo. Muchas no pudieron levantarse de la cama durante meses, sufriendo dolores crónicos en la cintura, en el vientre y en la espalda, que hasta hoy marcan sus vidas cotidianas.

Pero el dolor no fue solo físico. Muchas de estas mujeres cargaron también con la **estigmatización social y familiar**. Algunas fueron **rechazadas o abandonadas por sus esposos**, acusadas injustamente de haber aceptado la ligadura por voluntad propia. En la comunidad, otras recibieron insultos y fueron tratadas con desprecio porque no se les creía que habían sido engañadas o forzadas. La violencia, así, se multiplicaba en todos los frentes: en la posta, en el hogar, en la comunidad.

Los relatos dan cuenta también de los **dolores físicos crónicos** que las acompañaron durante meses y años: había quienes no podían levantarse, quienes no se recuperaban nunca del todo, quienes perdieron fuerza para trabajar o criar a sus hijos. Todas siguen arrastrando problemas de salud hasta hoy.

Algunas recuerdan, además, la **crueldad del personal médico**, que se vanagloriaba de cuántas ligaduras había realizado en un día, como si se tratara de un trofeo. Era un negocio: cada operación significaba beneficios económicos para médicos y enfermeras. La violencia se volvía así rentable, y los cuerpos indígenas y campesinos eran tratados como moneda de cambio.

En otros casos, las enfermeras y promotores de salud eran **persistentes hasta el hostigamiento**: visitaban las casas una y otra vez, advirtiendo que si no se operaban podían morir, inventando enfermedades o presionando a los esposos para que dieran su consentimiento. Las mujeres eran atrapadas en una red de **mentiras, amenazas y coacciones**, sin posibilidad real de decidir sobre su propio cuerpo. Lo que leeremos a continuación no son solo recuerdos de un pasado doloroso, porque aún hay casos de esterilizaciones hechas sin consentimiento libre e informado, como el caso aquí denunciado de C. de la Comunidad Nativa de Alto Pucalpillo.

Todos estos elementos —**insultos, engaños, violencia física, abandono médico, dolor prolongado, rechazo social, hostigamiento, lucro profesional**— aparecen en las entrevistas que siguen. Cada voz ofrece un testimonio singular, pero juntas configuran un patrón sistemático: el de un Estado que utilizó el cuerpo de las mujeres pobres, indígenas y campesinas como campo de intervención autoritaria y racista y que todavía sigue discriminando. Son **acusaciones vivas** contra un Estado que violó derechos humanos básicos y contra un sistema de salud que trató a mujeres indígenas y campesinas como cuerpos desechables.

Este conjunto de relatos no solo da cuenta del pasado: es una denuncia vigente contra la impunidad y un llamado urgente a la justicia. Porque detrás de cada testimonio hay una vida marcada por la violencia, y detrás de cada vida hay una exigencia que aún no ha sido respondida: **verdad, justicia, reparación y no repetición.**

Estas entrevistas fueron realizadas durante los meses de mayo y junio de 2025, bajo **consentimiento previo, informado y firmado** por cada una de las mujeres entrevistadas. Gracias a la confianza que depositaron en mí, pudieron abrirse y narrar sus historias con la esperanza de que lo ocurrido no se repita nunca más y de que finalmente se haga justicia. Expreso mi profundo agradecimiento a todas las mujeres que quisieron ser entrevistadas, a las integrantes de la **Asociación de Mujeres Víctimas de las Esterilizaciones Forzadas del Centro Poblado Menor de Nauta, El Dorado**, y también a **C.**, quien decidió compartir su testimonio de lo sucedido apenas tres años atrás, demostrando que, lamentablemente, en el Perú la discriminación persiste y que el sistema debe transformarse de manera urgente.

Comunidad Nativa Chirik Sacha, casa de mama Consuelo

30/05/2025

Entrevistadora:
Quisiera comenzar preguntando cómo nació la Asociación. Antes de hablar de cada una de ustedes, cuéntenme un poco cómo empezó el grupo.

CONSUELO (presidenta de la Asociación):
Esta asociación se creó en el año 2016. Se llama **Asociación de Mujeres Víctimas de las Esterilizaciones Forzadas del Centro Poblado Menor de Nauta, El Dorado, Región San Martín**.
Todo empezó con una señora llamada Quiteria Carol, de la provincia de El Dorado. Ella era presidenta de una organización de víctimas de la violencia política. Un día le llegó un documento donde se pedía que se identificaran mujeres víctimas de esterilizaciones forzadas.

Estaba en su casa, y un señor que vive cerca vio el documento y lo leyó. Entonces le dijo: “Están llamando a inscribirse a las mujeres capadas”. Así, con esas palabras nos insultan. **"Capadas**", nos decían, porque nos habían hecho una ligadura de trompas.

Ese señor volvió a su comunidad, y avisó a las mujeres que conocía. Así fue como empezó todo. Las mujeres comenzaron a llegar desde su comunidad para inscribirse.
Yo misma me enteré por mi compañera Nelly. Estaba a punto de bañarme cuando ella me llamó y me dijo: “Ven, están inscribiendo a las mujeres que han sido ligadas. Vamos a inscribirnos”. Me fui así nomás, corriendo, sin bañarme. Mi esposo me decía que no fuera, pero yo le dije que sí iba a ir. Agarré mi ropa, mi sobrino me llevó hasta la casa de la señora Quiteria, donde ya había muchas mujeres anotándose.
Luego la señora Quiteria se comunicó con una señorita llamada Maribel, quien nos dijo que iban a sacar un grupo de 10 mujeres para ir al Ministerio de Justicia. Así fue como viajamos a Lima, nos atendieron y dimos nuestros testimonios de cómo fuimos afectadas por las esterilizaciones forzadas.

Entrevistadora:
¿Y luego siguieron organizándose?

CONSUELO:
Sí. Después se formó una directiva en la provincia de El Dorado. Se acercó un señor que decía ser de la Defensoría Pública y reunió a todas las víctimas en el municipio. Pero, sinceramente, en cada reunión lo único que había eran discusiones. No había acuerdos reales. Yo les dije a mis compañeras: “Vámonos, acá no se va a lograr nada”.

Después nos fuimos a la casa de Nelly, almorzamos, conversamos tranquilamente y así, con 31 mujeres, decidimos organizarnos como nuestra **Asociación de Mujeres Víctimas de las Esterilizaciones Forzadas**. Ahora somos 30 activas.

Entrevistadora:
¿Y cómo avanzaron formalmente?

CONSUELO:
Buscamos nuevamente a la señora Quiteria, porque ella sabía cómo hacer actas. Nos ayudó mucho. Su hija también nos apoyó. Una vez que tuvimos nuestros documentos, ella misma me llevó a registrar la asociación en los Registros Públicos, en la ciudad de Lamas.

Después, nos llevó a Lima siempre para entregar los papeles donde ya constaba oficialmente que éramos una asociación. Fue entonces que conocimos a Darío, un joven estudiante de derecho, quien se convirtió en nuestro asesor. Él nos ayudó mucho con la redacción de documentos y a entregarlos al Ministerio de Justicia, a la CIDH, al Congreso.

Nos pusimos la mano en el pecho y dijimos: “Con fe, vamos a seguir adelante”. Y hasta ahora estamos trabajando bien, sin peleas, sin distinciones. Coordinamos todo juntas, en diálogo, respetando las opiniones de cada socia.
Después de organizar todo, empezamos a trabajar por justicia y reparación. Hay una abogada que se llama María Esther Mogollón, que nos está ayudando con nuestros casos. Buscamos una reparación justa e individual, porque cada mujer tiene su propia historia, su propio dolor. A todas nos mintieron de diferentes maneras.

He viajado varias veces a Lima. En octubre fui invitada por el propio Ministerio de Justicia. Ellos nos prometieron respuestas en noviembre, pero hasta ahora nada. En el Congreso cambian de parecer como si cambiaran de ropa interior.
Esta difusión de nuestras historias no es solo por nosotras, es por **todas**. Somos 300,000 mujeres y 27,000 varones afectados. No será una publicación escondida, será pública, visible, para que se sepa la verdad.

Entrevistadora:
Gracias por compartir todo esto, Consuelo. ¿Alguna compañera quiere contar cómo llegaron los médicos, un poco de vuestras historias?

CONSUELO:
Sí, compañeras, es el momento de hablar. Cuenten cómo fue todo, cómo vinieron los médicos, cómo nos engañaron.

GLADYS

Yo soy Gladys. Los médicos vinieron a mi casa, decían que era por un tema de planificación. Me invitaron diciéndome que necesitaban planificarme. Yo les dije que no quería planificarme. Pero ellos insistieron: “No te va a costar nada, es gratis”, me dijeron. Me invitaron a la posta de Nauta, y yo fui, inocentemente.

Cuando llegué a la posta, no nos explicaron lo que nos iban a hacer. Me dijeron que me iban a poner una ampolla para planificarme. Yo pensé que era como los otros métodos que me había puesto antes cuando tenía a mis cuatro hijos.

Ahora vivo sufriendo, con dolores. Por causa de esta ligadura tan dura. Me dijeron que solo me iban a poner una ampolla, me hicieron hacer el puño con la mano, y mientras me seguían conversando, yo no sabía lo que me estaban haciendo. “Me planificaron, decía yo”. Pero en realidad no era una planificación. Yo ya estaba dormida y no sabía ni dónde estaba mi bebé. Me desperté con dolor, y hasta ese momento no entendía qué me habían hecho. No nos explicaron nada.

Cuando regresé a casa tenía un dolor insoportable, me ardía todo el corte que me habían hecho. No nos dieron ni una pastilla, ni una medicina, nada. Nos tiraron a la casa como un chancho. Y al final,

no sabíamos qué nos habían hecho. Por eso ahora estamos en esta lucha, buscando justicia, una reparación individual para cada una.

Como dijo la presidenta, no estamos pidiendo solo para nosotras, sino para todas las mujeres que fuimos ligadas a la fuerza. Eso fue lo que me pasó, sin consentimiento. Dicen que firmamos, pero quizás firmamos por ignorancia, sin saber. Tal vez por no saber leer bien, o porque nos presionaron.

Entrevistadora:

¿En qué año fue eso?

GLADYS

En el año 1997. Vinieron a buscarme. Me llevaron a la posta de Nauta. Todas íbamos allí. Tenía dos meses de haber dado a luz cuando me dijeron que me iban a planificar. Tenía solo 22 años.

Un día tuve un dolor muy fuerte, fui al médico, me hicieron una ecografía y salió que yo estaba ligada. Pero eso fue dos años después. Dos años **sin saber** lo que me habían hecho.

Mi esposo no sabía. Nunca le dijeron nada. Por eso hay muchas peleas, porque los esposos creen que es culpa nuestra. No nos creen.

Y ahora estoy muy mal. Me duele la vejiga, la cintura, la espalda. Tengo comezón vaginal. Dolores insoportables por todo el cuerpo.

Ahora por lo menos me siento más fuerte gracias a mis compañeras, soy tesorera de la asociación y ver que podemos trabajar unidas y bien organizadas me alegra.

LEONA

Voy a contar algo… mi historia. Lo que me pasó a mí fue la esterilización forzada.

Era el 15 de marzo de 1996. Yo ya tenía dos meses de haber tenido a mi último bebé. Tengo cuatro hijos, todos varones.

Todo empezó cuando me llevaron a la posta de Nauta. Ahí anotaron mi nombre y luego me mandaron a mi casa, para después llevarnos a una reunión en el hospital de Sisa, así decían. Decían que era una charla para aprender sobre planificación familiar.

La reunión era a las seis de la mañana. Fui con mi bebé y con mi esposo. Llegó muchísima gente. Decían que íbamos a tener una **charla**, pero nos metieron al hospital… y ya no nos dejaron salir.

Vi a varias mamás a quienes les hacían cambiarse la bata. Yo quería escaparme, porque veía que algunas salían inconscientes, en camillas. Me asusté mucho. Pero las enfermeras, especialmente una llamada Elvira, no nos dejaban salir. Quise escaparme, pero ya no me permitieron. Había **seguridad** que controlaba. Me pusieron la bata y me llevaron adentro.

A nosotras nos llevaron engañadas. Iban casa por casa, invitándonos a una charla sobre métodos para planificar. Por eso fui. Dejé a mis otros tres hijos pequeños en casa con mi mamá, y me fui con mi esposo y mi bebé. Cuando llegamos, muchas mujeres entraban caminando y salían dormidas, en camillas. Yo tenía miedo, llamaba a mi esposo por la ventana. Le decía: "¡Ven, sácame! ¡Mi bebé quiere mamar!". Pero no me dejaban salir.

Como contaba mi compañera Gladys, nos pusieron anestesia, y nos acostaron en la camilla. Yo lloraba, gritaba: "¿Qué me van a hacer?". Llamaba a mi esposo. Él también intentaba entrar, pero no lo dejaron. Le dijeron: "A tu esposa le vamos a poner su ampolla, su método". Él luchó, quiso entrar, pero no pudo. Yo también resistía y luchaba, pero la anestesia me quedó muerta y ya estaba la ligadura. (llorando)

Después de la operación, no reaccionaba. Recién a las cinco de la tarde desperté. Ahí recién le dijeron a mi esposo: "Ya, puedes llevarte a tu señora. Le hemos ligado para que no tenga más hijos". Mi esposo empezó a llorar. "¿Por qué le han hecho esto a mi esposa?", decía. Le dijeron que me podía llevar. Pero no nos llevaron como en la mañana, en carro. Ahora él tenía que buscar cómo sacarme de allí. **Me cargó en brazos** hasta la calle, desde el hospital de Sisa hasta la plaza. De ahí tomamos un mototaxi hasta mi casa.

Yo llegué con un dolor insoportable. No dormí nada esa noche. Mi esposo quería cuidarme, pero yo no podía hacer nada. Ni siquiera podía ir al baño. Mi bebé lloraba, quería mamar, pero yo no podía darle el pecho. Yo no quería esa operación. No la había pedido.

Al día siguiente pensé que vendrían a verme, al menos la enfermera Elvira que me había llevado… pero no. Nunca vinieron. Hasta ahora, nadie ha venido. Después de la operación, **nadie nos revisó**. Nadie me ayudó. Fue mi esposo quien me cuidó, incluso fue él quien me sacó los puntos, porque nadie vino a hacerlo. Él los cortó con tijeritas nuevas que compró. No me dieron ninguna medicina para el dolor, ni vinieron a verme. Estuve dos meses con dolor. No podía caminar. Me quedaba en cama. Mi esposo hacía todo.

Desde entonces, tengo dolores fuertes, igual que Gladys. Me duele la vejiga, la cintura, la espalda, la cabeza… Me duelen los ojos, se me duermen las piernas. Sigo sufriendo.

Me acuerdo bien: en 1996 tenía apenas 28 años. Mi bebé había nacido el 3 de enero, y esto pasó en marzo, cuando él tenía solo dos meses.

Esta es mi historia. Como dicen las compañeras, cada una tiene su historia. Gracias a Dios, no tengo picazón vaginal, pero sí muchos dolores.

Gracias.

OLGA

Yo también quiero contar lo que me pasó, señorita.

Fue en 1996. Yo no sabía nada. Nos llevaron diciendo que era para una charla, pero no nos explicaron lo que iban a hacer. Nosotras no queríamos, señorita. No es que fuimos porque queríamos. Fuimos porque nos llevaron… **engañadas.** Yo fui inocente, bien inocente. No sabíamos nada. No nos decían que iban a operar, que nos iban a hacer algo. Nada.

Entramos al hospital, nos metieron en la sala de operaciones, y ahí nos pusieron un número, nos llamaban **por número**. Nos anestesiaron. De ahí ya no supimos nada, como si estuviéramos muertas. Así fue nuestra operación.

Y ahora, seguimos viviendo con dolor. Yo no quería, quería salir, pero ya no se podía. Hasta ahora siento ese dolor, señorita. Hasta ahora. No es que queríamos. No fue por nuestra voluntad. (llorando)

Yo tengo dolores. Me duele la cintura, la vejiga. A veces me arde. Esos dolores no se van.

Me hicieron un corte de **14 puntos**. Cuando me vio una comadrita, me dijo: “Comadre, ¡qué te han hecho! 14 puntos...”. Ella misma me ayudó a cortarme los puntos, porque nadie vino a verme. Después de la operación, ninguna enfermera vino a mi casa. Nadie. Por suerte, seguimos vivas. Pero sufrimos. Y todo esto es porque no supimos, porque nos mintieron. No sabíamos qué iban a hacernos.

Una señora me decía: “¿Por qué te dejaste cortar? Algún día tu esposo te va a odiar. Vas a estar enferma, y él se va a ir”. Pero gracias a Dios, mi esposo no. Él mismo vio cómo me hicieron. Él supo que no fue mi culpa. Mi esposo estuvo conmigo. Esta lucha no es solo de las mujeres. Es de toda la familia. Porque no nos pasó solo a nosotras, pasó a nuestras familias también.

Ahora, nosotras vivimos con enfermedades, con dolores. No trabajamos tranquilas. Cuando duele el cuerpo, ni ganas de comer tenemos. Yo caí bien enferma. Apenas estoy recuperándome.

Nosotras no ganamos nada con esa operación. Ellos ganaron su plaza, sus puntos, su dinero. Nosotras solo ganamos enfermedad, dolor de cabeza, sufrimiento. Ellos tranquilos, comiendo, tomando, viviendo bien. Y nosotras, no.

Lo bueno es que ahora estamos juntas. Aunque duele hablar de esto, es importante. A veces es duro hablar, pero también es bueno tener una asociación, un grupo donde sentir **apoyo**, aunque sea emocional, de hermandad. Buscamos que las autoridades nos atiendan, que nos escuchen.

Gracias

MARINA

Entrevistadora:
¿Puedes contarnos, Marina?

MARINA:
Sí. Mire señorita, todo esto fue hace tiempo. Mis hijos eran pequeños, iban a la escuela. Yo me quedaba en casa o trabajaba con mi esposo en la chacra. Las primeras veces que vinieron a buscarme, no me encontraron. Después de cuatro veces, me encontraron cuando ya estaba en la casa, con mi esposo. Entonces nos dijeron: "Mira don Ernesto, estamos buscando a su señora para invitarla a un plan de educación para que no tenga más hijos."

Mi esposo no estaba de acuerdo.
"Mi señora no quiere eso, ella tiene sus hijos," decía.
Mis hijos también lloraban: "No mamita, no te vayas, vas a morir en el hospital."

Yo no quería ir, pero insistieron tanto que fui a ver qué era lo que querían decirme.

Fuimos con mi sobrina Yoli y otra señora, Marta. Las tres fuimos. Al llegar, la doctora Ángela me dijo: "Sí hija, pasa."
Un señor me quitó la ropa. Yo no entendía bien lo que iba a pasar. Le decía: "¿Qué me van a hacer?"
Y me respondían: "Solo siéntate aquí."

Me hicieron acostar en una camilla, me cambiaron de ropa, me pincharon con una inyección. Sentí que me habían picado, pero no me habían dicho que lo iban a hacer.
Y me dormí. Sin saber qué me hacían. (llorando)

Cuando desperté, sentía mucho ardor, no podía moverme, no podía voltear el cuerpo. Me dolía mucho. Vi a muchas mujeres gritando. Yo también **gritaba** por el dolor.

Después vino la doctora Ángela. Me hicieron sentar. Ya eran como las 8 de la noche.
Me llevaron en un carro y nos regresaron a casa.

Pero esa noche, señorita, tenía un gran ardor en la vejiga, como si me hubiera explotado algo por dentro. Y peor aún, al día siguiente empecé a sangrar por el corte. No me dieron ni una pastilla, ni

una curita, ni vinieron a revisarme.
Nada.

Nada de nada.

Mis hijos me preguntaban: “Mamita, ¿qué te han hecho?”
Y yo no sabía ni qué responder.
Ellos lloraban porque pensaban que me iba a morir.

Mi esposo quiso dejarme.

Mi vida se volvió muy triste.

Yo tenía una familia feliz. Después de eso, ya no.
Mi cuerpo quedó mal.
Tenía dolores, infecciones, ya no era la misma.

Recuerdo que una doctora me preguntó: “¿Cuántos hijos tienes?”
Y yo le dije: “Cinco.”
Y escuché claramente cómo conversaban entre ellas sobre cuántos hijos teníamos. Escuché también que comentaban entre ellos sobre cuantos cortes habían hecho, cuantas habían podido ligar aquel día, como si fuera una **competición**. Nos discriminaban, nos trataban mal, nos trataban como si no fuéramos personas.

Ahora con nuestro grupo de mujeres nos escuchamos entre nosotras. Pero los políticos, no.
A ellos no les interesa. No quieren escuchar nuestras luchas.

MARTA

Yo también quiero contar mi historia, señorita. Me vinieron a ver a casa, a mi esposo le seguían. Fue en el tiempo de la ligadura. Era el año 1995. Yo ya estaba planificando, mi bebé tenía seis meses. Ya había decidido que quería cuidarme con ampolla. Pero las enfermeras no me dejaban en paz. Iban a mi casa varias veces, insistiendo para que me ligue. Me buscaban a mí y a mi esposo.

Yo no aceptaba. Le decía a mi esposo: “¿Por qué me pides que me ligue? Yo no quiero. Recién tengo tres hijos. Quiero tener más”. Y él me decía: “Está bien, eso depende de ti. No te voy a obligar”. Pero ellas seguían viniendo. Cuando vieron que yo no aceptaba, hasta querían llevarse a mi esposo para hacerle la vasectomía. Él tampoco quería. Les decía: “Si mi esposa no quiere, ¿por qué van a obligarnos?”.

Después, un día fui a la posta para que me pusieran la ampolla, y me dijeron: “Aquí no hay ampolla para ti”. Les pedí que me la pusieran, y me respondieron: “Entonces aumenta como la rata, sigue teniendo hijos”. Me dijeron así, señorita. Yo no respondí, me regresé triste a mi casa.

Unas dos horas después, llegaron dos enfermeras. Me dijeron: “Marta, ven. Ahora sí hay ampolla. Vamos a ir a Sisa”. Yo, creyéndoles, las seguí. Allí me hicieron entrar a una sala. Me llamaron: “Marta, ven, te vamos a poner tu planificación”.

Yo pensaba que era la ampolla. Me dijeron: “Quítate la blusa y la falda, ponte esta bata”. Yo, inocente, me cambié. Me hicieron echarme en la camilla. Les dije: “¿Por qué me tengo que echar? Para la ampolla no es necesario”. Y me respondieron: “Sí, te la vamos a poner así, con eso te vas a ir contenta, **cállate**”.

Me eché. Vi que preparaban una jeringa con líquido. Me pusieron, y luego me empezaron a tocar. El doctor que me iba a cortar me dijo: “Cuenta hasta diez”. Empecé a contar, pero cuando llegué al diez, sentí que me cortaban. Intenté mover la mano, pero me la amarraron a una tablilla, las dos manos. Ya no pude hacer nada.

Después me pusieron otra anestesia, y ya no sentí más. Me desperté a las doce. Sentía dolor en el vientre, no sabía qué me habían hecho. A las tres de la tarde vino un enfermero: "Marta, ya estás despierta, ahora te llevamos a tu casa". Estaba sola, no había más mujeres conmigo.

Desde entonces, señorita, nunca más volvieron a verme. Como dicen las otras compañeras, no trajeron ni una pastilla, nada. Ni preguntaron cómo estaba. Nos dejaron así, abandonadas. Y lo peor es que todo fue sin nuestro consentimiento.

Mi hijito tenía seis meses, y yo tenía 23 años.

Cuando llegué a mi casa, me acosté. Mi mamá me vio y me preguntó: "¿Qué tienes?". Le dije: "Mami, me han cortado". Y ella, molesta, me dijo: "¿Acaso eres un animal para que te corten así?". Se enojó mucho. Me ayudó a cambiarme para lavarme. Llevó mi ropa interior al río, y ahí encontró pedacitos de carne. Me dijo: "De verdad te han **trozado**". Así fue.

Señorita, todo fue con engaños. Me dijeron que me pondrían la ampolla, pero era mentira. Me llevaron a la fuerza, con mentiras, como a muchas otras. Además, como somos de la comunidad nativa, se aprovecharon de que no todas hablamos bien el castellano. Pensaron que nunca íbamos a hablar, a denunciar. Que nadie nos iba a entender.

Por eso, ahora es tan importante tener una organización, donde podamos contar lo que nos pasó con personas que de verdad nos escuchen y entiendan. En el hospital, ni siquiera hay alguien que hable kechwa, y eso que somos muchas que lo hablamos.

Yo me uní a la organización en 2016, junto con las demás. Ya di mi testimonio. Aunque algunas cosas, como esto de que me amarraron las manos, no lo había contado antes. A veces es difícil contar estas cosas íntimas. Pero entre confianza, se puede.

Esto que nos hicieron no se olvida. No es algo inventado. Es real. Y por eso lo estamos contando.

Gracias, señorita.

ELISA

Me llamo Elisa. No es la primera vez que cuento mi historia, pero quiero seguir hablando de lo que nos pasó en la dictadura.

Fue en el año 1997. En ese tiempo tenía cuatro hijos: dos vivos y dos que fallecieron. Yo vivía aquí mismo, en el centro poblado de Nauta. Las señoras Ángela, Elvira y Mercedes me visitaron tres veces a mi casa. Me buscaban a mí y a mi esposo. Le decían: "Así tiene que ser. Ya están mayores, ya vendrán las enfermedades, los dolores...". Como si ya fuera mi destino, pero yo era muy joven.

Yo les decía: "Pero así voy a vivir, con dolores, con sufrimiento, ¿por qué me quieren hacer eso?". No escuchaban. No era por mi voluntad.

Hoy sufro con dolores en la vejiga, la cintura, la vagina. Me afecta también el sistema nervioso. A veces me siento decaída. Tengo **epilepsia**. Hay momentos en los que estoy tranquila, y otros en los que de repente me descompenso, me caigo, me quemo, me golpeo. La enfermedad no avisa, ataca de pronto. Me he roto la cabeza varias veces.

Todo empezó con esa ligadura. Me hicieron el corte aquí mismo, en Nauta, como a muchas compañeras. Mi esposo se fue a trabajar a la chacra y después la operación cuando volví a casa era sola. Nadie vino después a ver cómo estaba. Me dijeron: "Con eso ya vas a estar bien". Pero desde entonces, estoy sufriendo.

Yo pienso que esta enfermedad también tiene que ver con ese corte.

YOLITH

Fue en el año 96. Yo tenía cinco hijos. No sabía nada, nada. No me dijeron lo que me iban a hacer. Me dijeron que tenía que hacerme una ligadura porque ya tenía muchos hijos. Nos buscaba esta enfermera Elvira y cuando no querríamos nos insultaban: "Así van a tener hijos como **ratas**".

Me dijeron que era una "campaña". Me llevaron, y me operaron. Después de eso... empecé a enfermarme. Me dolía la cintura, me dolía el vientre, me daban unas punzadas, unas cosas bien raras. Fui al hospital y me dijeron que era por la ligadura.

Nadie me explicó. Nadie me dijo que podía decidir. Yo no firmé ningún papel. No me preguntaron. Me llevaron, me durmieron, y me operaron, amarrándome. Así.

Y después... cuando uno se enferma, cuando una va al hospital, nadie quiere atenderte. Te dicen: "Eso ya fue hace tiempo, ¿qué quieres?". Así nos hablan.

Pero yo no me olvido. No puedo olvidarme. Porque me duele. Porque yo no quise. Porque nadie me preguntó. (llorando)

Y hasta ahora estoy mal. Mi cuerpo ya no es el mismo. No tengo fuerza. A veces me dan unos dolores que no puedo ni caminar. ¿Y quién responde? Nadie.

Mi esposo no sabía. Cuando se enteró, se enojó. Me preguntó por qué me había dejado hacer eso. Pero no fue que yo me dejé. Fue que me lo hicieron. Así, sin preguntar.

Me siento usada. Como si no valiera. Como si fuéramos animales. Como si nos cortaran porque ya no servimos. Eso siento.

Y a veces me da rabia. Porque uno va al hospital, y te miran feo. Como si estuviéramos locas. Como si inventáramos.

Pero no inventamos. Esto es verdad. Nos duele. Nos duele el cuerpo, el alma. A veces hasta dan ganas de morirse, de tanto dolor.

Y por eso estoy aquí, hablando. Porque quiero que nos escuchen. Que sepan lo que nos hicieron. Que no fue justo. Que no fue con nuestro permiso. A veces uno se guarda todo, pero también hay que decirlo. Aunque duela.

BERTILA

Yo estaba en mi casa, en mi cocina, cuando de pronto tocaron la puerta. Salí y me dijeron:
—Señora, la doctora Elvira le está llamando, venga un ratito.
Les dije: —¿A dónde me llevan?
Y me dijeron: —Vamos nomás señora, vamos al hospital de Sisa, le van a poner una ampolla.

Yo en ese tiempo tenía a mi esposo, pero justo ese día estaba sola. (llorando) En el hospital me encontré con varias mujeres. Estaban echadas ahí, muchas. Me dijeron que también me iban a poner una ampolla.

Me llevaron a un cuartito. Allí estaban otras personas. Una doctora me dijo:
—Señora, sáquese la blusa, sáquese el short, póngase esta bata.
Yo le pregunté: —¿Por qué?
Y me contestó: —No más señora, póngasela.

Así nomás lo hice. Me senté. Me dijeron que esperara. Al rato, escucho que llaman a alguien más, y después me llaman a mí. Me llevan, me hacen echar. Una enfermera me toma del brazo y me dice:
—Échese, señora, ya le van a hacer.

Yo le pregunté: —¿Qué me van a hacer?
No me respondieron nada claro.

Una compañera mía dijo: —Con esa jeringa nos ponen algo.
Y yo también sentí. Me pusieron. Me picaron.

Siento que me están cortando. Sentí todo. Todo lo que me hicieron lo sentí. No me dormí del todo. Sentí el corte. Y después del corte nada he sentido, todo era silencio.

Luego me pusieron en una camilla. Me llevaron a otro lado con las demás mujeres que ya estaban echadas también. Algunas ni se despertaban.

Me tocaban el pecho, me decían: —Despiértese, señora, despierte.
Yo apenas podía. Quería levantarme, pero no tenía fuerza. Sentía que mi cuerpo ya no respondía, que se iba **a romper**.

Después nos dijeron que ya podíamos cambiar de ropa. Yo apenas pude pararme. Salí caminando poquito hasta la plaza. De ahí una compañera me ayudó a subir a una moto. Me acompañaron hasta mi casa. (llorando)

Apenas llegué, me tiré a mi cama. Me puse dura. Me vino la debilidad. Me dio vómito. Nadie me cuidaba. Estaba sola.

Al día siguiente, el dolor fue peor. No podía ni andar. Cuando quería orinar, tenía que ir arrastrándome. No me aguantaba ni para sentarme. Solita. Me arrastraba hasta el baño.

Lloraba. Lloraba con ese dolor.
Decía: —¿Cuándo se va a pasar este dolor?

Hasta ahora sigo con ese dolor. Vivo con eso. Desde esa vez mi cuerpo no es igual. Vivo con dolor. Muchos años así. Y no es justo.

Ahora tomo mis remedios, pero aun así me duele este lado, este pedazo. Solo con mis remedios me calma un poco.

Nos ayudamos entre nosotras. Nos compartimos lo que sabemos. Qué remedio, qué vegetal nos puede ayudar. Eso nos sostiene un poco.

MARLITH

Nos han buscado las enfermeras para hacer lo que querrían. Estas mujeres nos han buscado por todos lados, por abajo, por arriba.

Me vinieron a recoger en carro al hospital obligándonos. Cuando llegamos, no había mucha gente.
Después vino una enfermera y un doctor a entregarnos ropa para cambiarnos.
Nos cambiaron y nos llevaron a un lugar para la operación.

Me pusieron una ampolla y después me hicieron contar hasta tres y quedé dormida.
Recuerdo que desperté con un tremendo dolor a las 3 de la mañana del día siguiente.
Quería levantarme como mis tías que estaban a mi lado, pero no podía.

Le dije a una señora que quería ir al baño, pero cuando intentaba caminar me caí y me golpeé la cara. Los enfermeros no me ayudaron, nadie se quedó conmigo.
La enfermera solo llegó mucho después y me ayudó.

Mi cara se había hecho negro. Sentía mucho dolor, pero nadie vino a verme.
Me llevaron en una silla, porque no podía ni moverme.
A las 6 de la mañana llegó el doctor y me trajeron de nuevo al hospital, donde me desmayé otra vez.

Desde entonces estoy muy débil.
Nunca más me han cuidado ni revisado.

Ahora me duele mucho la cintura, siento dolor constante.
Nadie ha visto lo que me pasó en la cabeza ni me han ayudado.

Cuando no podía levantarme, mi esposo y mi abuelita me ayudaban a moverme.
Me empujaban de atrás para levantarme, porque yo no podía sola.

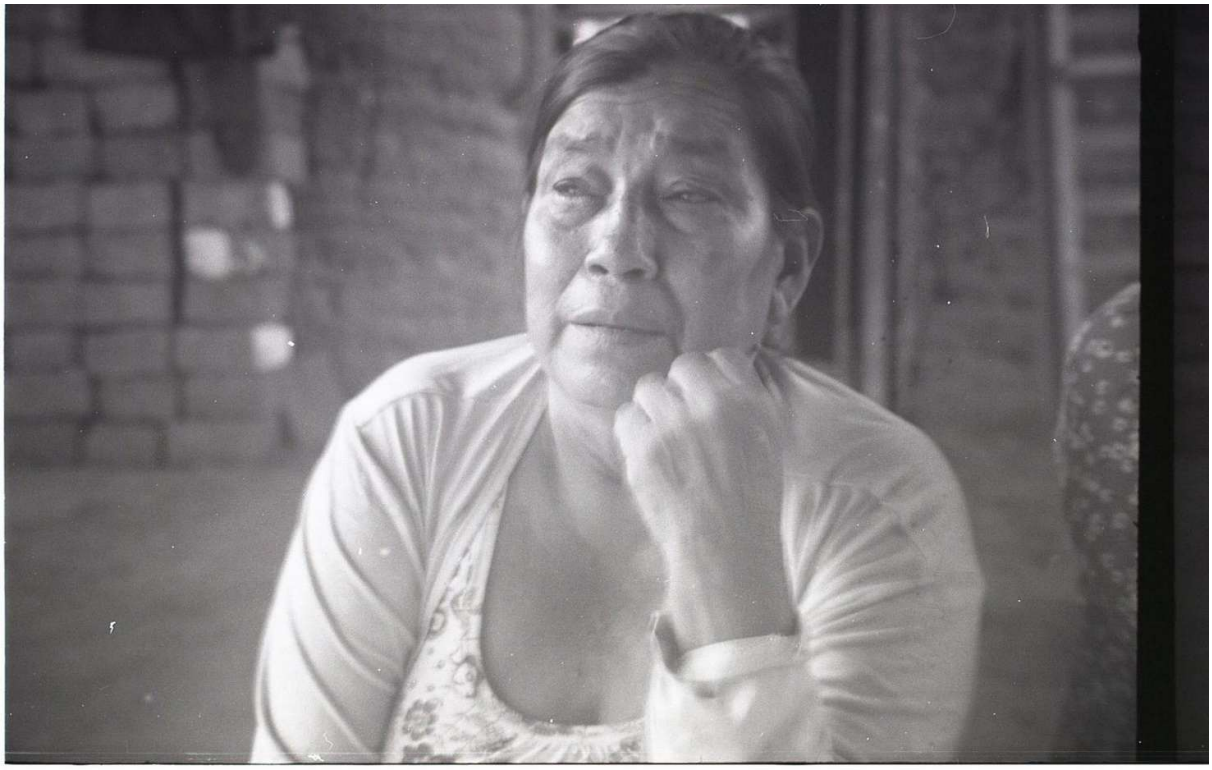
He estado así por un mes, sin poder moverme y sin pastillas ni medicamentos.

Ha sido muy duro.
Esta es mi declaración.
Muchas gracias.

SEGUNDA

Decían que es para que no tengamos más hijos, para no sufrir más, porque actuamos "como una rata que sigue tirando", así dijeron. El doctor me dijo eso.

Cuando me operaron, me dieron de alta porque el corte me empezó a sangrar mucho.
Y cuando la herida sangraba, me sentía muy triste porque me recordaba los insultos escuchados en el hospital. La discriminación está presente también ahora y eso duele mucho.



NELLY

Nos decían que era para que no aumentáramos el número de hijos porque no podíamos educarlos bien. Yo les preguntaba si realmente era necesario, si era justo.
Este país nos estaba presionando para eso.

Nos hicieron acostarnos sin decirnos qué nos iban a hacer. Yo pensé que solo me pondrían una inyección o pastillas para cuidarme. Pero luego me pusieron anestesia. Yo sentía todo, mordía mi sábana, y decía: “Dios mío, ¡qué me están haciendo!” Les decía: “¿qué me están haciendo?”

Nos decían que nos levantáramos, pero no sabíamos qué nos habían hecho. Nos engañaron para que no tuviéramos hijos, sin nuestro consentimiento. Ahora vivimos con dolores tremendo. No somos máquinas, somos personas que sentimos el dolor en carne viva.

MARTA

Soy Marta. Yo soy una afectada por la esterilización forzada.
La operación no funcionó bien y eso me causa un dolor tremendo, un dolor que no puedo explicar, señorita. Sí, estamos buscando justicia, señorita.

NILDA

Yo estoy muy indignada por esta esterilización que nos han hecho. No solo somos víctimas, sino que estamos buscando justicia y reparación por el daño que nos causaron. Estoy realmente indignada, de verdad.

Encuentro de sabios y sabias en San Martin

21/06/2025

DELICIA

Buenos días, Elenita, yo soy Delicia. Vengo de la comunidad nativa Maray. Tengo 50 años y tres hijos. A los 21 años fui esterilizada, pero no porque yo quisiera, sino por la insistencia de los médicos del hospital. Cuando estaba en mi casa, venían varias veces a visitarme, pero al principio no aceptaba.

Tú sabes que en nuestras comunidades antes nos daban poco espacio para decidir, y también vivíamos situaciones difíciles, como el maltrato de parte de nuestras parejas.

En ese entonces, cuando venían a verme, me decían que tenía que hacerme la ligadura, porque no era bueno que tengamos muchos hijos. Ellos decían que lo hacían por nuestro bien. Al principio no aceptaba nada, nada. Hasta que un día me sentí mal, tenía una infección muy fuerte, me dolía mucho la vejiga.

En ese tiempo, yo me fui a la posta de salud de Sisa, y fui para atender ese dolor de vejiga que me molestaba mucho.

Allí nos dijeron que estaban haciendo exámenes gratuitos y que si nos hacíamos ver no costaba nada. Nos ofrecían ese examen gratis, y por eso fui a consultar al doctor. Él también me dijo que estaban haciendo exámenes gratuitos y que, si no me atendía ahora, me iba a costar caro después. Por eso me puse en la fila para ese examen.

Cuando llegó mi turno, entré para consultar lo que me dolía.
Me dieron una bata para ponerme, y yo no entendía bien qué iba a pasar, porque era algo nuevo para mí. Me dijeron que me tenía que acostar, y yo pregunté al médico qué me iban a hacer. Me dijeron que solo era un examen, y me advirtieron que si no lo hacía me iba a costar caro después.

Cuando me acosté, me pusieron un suero. Yo no sentí nada al principio, pero luego desperté con un dolor fuerte, un ardor terrible en la vejiga. Pregunté qué me habían hecho, y me dijeron que me habían detectado un **tumor** en el útero y que tenían que sacarlo porque podía complicarse.

Tuve dolores fuertes y mucho ardor. Me fui a casa con mi hermana, porque mi esposo no sabía nada de lo que me estaba pasando. Después, cuando pasó el efecto de la anestesia, me di cuenta de que me habían cosido porque sentía unos hilos.

Mi esposo me preguntó qué tenía y le expliqué que me habían revisado y que me habían sacado un tumor del útero. Él se molestó porque no estaba presente y porque no le habían informado nada. Me preguntó si había firmado, y yo le dije que sí, porque me dijeron que tenía que firmar y que, si no lo hacía, me costaría caro, pero si firmaba no pagaría nada. Por eso firmé. Mi esposo se enojó mucho.

Nosotros pensábamos que era normal, que me habían sacado un tumor, pero luego, cuando llegó el mes, yo seguía cuidándome con inyecciones anticonceptivas, sin saber que ya estaba ligada.
Me seguía poniendo las inyecciones cada mes, porque no sabía que estaba esterilizada.

Un día me sentí muy mal, con un dolor fuerte. Caminaba mucho porque somos agricultores y cargaba cosas, pero el dolor se hizo insoportable. Me llevaron de emergencia a Tarapoto, donde me hicieron una ecografía y me dijeron que estaba ligada. (llorando)

Mi esposo se molestó conmigo porque pensaba que yo sabía lo que me estaban haciendo. El doctor le explicó que yo había sido esterilizada y que ya no podría tener hijos.

Me esterilizaron y ya no puedo tener hijos. Fue una gran sorpresa para mí, porque mi esposo creía que yo sabía y había aceptado. El doctor me dijo que habría tenido que seguir una dieta porque me habían operado. Pero no me informaron nada y por no haber seguido la dieta se había complicado. Yo tuve una hemorragia interna, por eso me hicieron un legrado para sacar la sangre acumulada en el útero, que si no se hubiera tratado podría haberme causado la muerte. Casi se gangrenaba.

El doctor le explicó a mi esposo que había coagulación en el útero y que por eso me hicieron el legrado.

Mi esposo no entendía nada y estaba bien enfadado conmigo.

Yo tengo un hijo de otro papá, y con mi esposo tengo dos hijos, pero él quería seguir teniendo más. Yo también quería tener más bebés. Por eso él se enojó mucho porque me habían hecho eso sin su consentimiento. Me preguntaba quién fue el doctor que me hizo la ligadura, pero no sabía a quién reclamar. Desde entonces, viví con mucho sufrimiento y seguí viviendo una mala relación con mi esposo, porque él quería tener hijos y yo no podía. Hubo un momento en que él quiso dejarme por eso, pero yo le suplicaba que no era mi culpa, que me habían engañado los médicos.

He sufrido mucho, y también enfermedades. Hace dos años me operaron el útero otra vez, porque los efectos de la ligadura me estaban afectando. Sufro dolores fuertes que me hacen llorar, y ahora tengo un dolor intenso en el lado derecho.

Mis hijos me han llevado a Lima para hacerme exámenes porque estaba muy hinchada. Pensaban que podía tener cáncer. Pero todos los médicos me han dicho que el daño fue por la ligadura, porque era muy tierna cuando me ligaron, que me afectó mucho.

Hace 15 días estuve muy mal, me sentía muy débil. Mis hijos son adultos, tienen sus familias y viven en Lima o en sus casas, no conmigo. No tengo quién me ayude ni siquiera a traerme un vaso de agua cuando estoy enferma. Yo pienso que podría haber tenido un hijo más, porque para nosotros los hijos no son una carga, son todo. Mi mamá tuvo 12 hijos, y ella aún tiene apoyo de su último hijo.

Cuando veo a la bebé de mi hermana, que tiene 6 meses, siento envidia. Mi hermana puede cuidar a su hija, pero yo no tuve esa oportunidad.

Nos sentimos humilladas, como si hubiéramos pedido que nos arrebataran la posibilidad de criar a nuestros hijos.

Vivimos una vida muy difícil, estamos enfermas. Aparento estar sana, pero por dentro no lo estoy. Tengo que tomar medicinas y hierbas para sentirme mejor.

A veces pienso que mi esposo es joven y que podría abandonarme, y le pregunto qué siente al verme enferma. Me dice que no me preocupe, que me quiere y que ahora él sabe que no fue mi culpa. Me dice que algún día pagarán todos los que nos hicieron daño.

Si nos hubieran explicado bien lo que nos iban a hacer, las consecuencias, hubiera sido diferente.

Nos trataron como animales, igual que a un cerdo al que le sacan los testículos y lo sueltan.

A nosotros nos hicieron eso y luego nos dejaron solas. Para ellos era algo simple, pero para nosotras fue un daño enorme, y especialmente para mí.

Yo quería que me “desaten”, porque cuando me operaron el útero, le dije al doctor: “Doctor, yo quiero tener hijos”. Le pedí que me “desatara”, que aprovechara la operación para hacerlo, pero él me dijo que no podía, que ya me habían engañado y que ya estaba ligada.
Cuando ya estuve en Lima y me operaron, le pedí al doctor que me revise, y me dijo que ya no había remedio. Me dijo que estaba “trozada” y que no podía hacer nada.

Después de otra operación, me sentí mal otra vez, estaba hinchada y grave. El doctor me dijo que viviré así, porque al hacer la ligadura en tierna edad me perjudicaron los órganos y que debía guardar reposo. Estaba bien chibola (joven) cuando me ligaron. A ellos no les importaba ni de la edad ni de cuantos hijos teníamos, solo les importaba ligar porque les pagaban. Les daban dinero para ligar.

A mi esposo le dijeron que a mí no me hicieron eso porque yo quisiera, sino porque ellos ganaban dinero haciendo esas operaciones. Así mi esposo también se ha resignado y ya no me cuestiona por la ligadura, me dice: “¿Qué vamos a hacer? No tienes la culpa”.

Yo todavía me pregunto cómo sería mi vida si no me hubieran esterilizada, si aún pudiera estar con mis hijos juntos. Ahora soy sola, mi esposo y yo estamos solos, no tenemos a quién mandar a traer algo, ni siquiera puedo pedir que me compren un tomate o sal. Cuando estoy enferma, él sale a trabajar y yo me quedo en casa sin poder pedir nada, esperando que llegue otro día.

Me he sentido muy mal, sola, sin nadie que me ayude. Subo a mi terrada a buscar mis remedios para curarme. No tengo a quién mandar. A veces pienso que, si alguien pasa por ahí, le voy a pedir que

me lleve\q\ en moto al hospital porque me siento mal. Ahí es cuando pienso que, si tuviera un hijo más… claro que lo quisiera, y también alguien que me ayude, pero nos han hecho este daño muy grande.
Nos organizamos con otras madres esterilizadas en Sisa, pero no vemos resultados. Al mismo tiempo muchas mamás están muriendo o viviendo encamadas.

Entrevistadora:
¿Y ahora cómo estás?

DELICIA
He tenido muchas infecciones e inflamaciones que me impedían tener relaciones con mi esposo. Él me dice que, si fuera otro hombre, no me soportaría por lo que gasto en salud. Cuando me operaron en Lima, mi esposo tuvo que pedir un préstamo de 37,000 soles para hacerme todos los exámenes que me pedían. Este año mi esposo recién terminó de pagar la deuda.

Un día, mi nuera tomó fotos de mi inflamación y se las mandó al doctor, quien dijo que debía verme al día siguiente. Ahí comenzaron a investigar por qué estaba así y confirmaron que no era problema de tiroides, sino relacionado con la ligadura.

Me hicieron muchos exámenes y me diagnosticaron mal por la ligadura.

Entrevistadora:
Gracias de contarme tu historia. Yo sé que tú eres partera y quería preguntarte: ¿cómo es para ti ser partera, recibir hijos y tener este pasado?

DELICIA
Siempre me duele un poco recibir un parto porque quisiera que este niño fuera mío. (llora) Cuando atiendo un parto, me siento feliz y alegre también, pero pienso cuanto me habría gustado que el bebé fuera mío. A veces les digo a las mamás: “Regálenme el bebé”, y se ríen no más, porque no saben.

Ser partera es un orgullo, una herencia que me dejaron mis abuelas y tías. Sentir la piel del bebé en mis brazos es una alegría grande. Nos da ganas de ayudar a otras madres a dar a luz.

Cuando me buscan para ser partera, me siento orgullosa, especialmente si quieren que el bebé nazca en casa y no en el hospital. En el hospital, solo acompañas, no puedes tocar ni ayudar mucho, pero en casa estás con la madre en todo momento, dándole fuerza, valor y ánimo, diciéndole “yo te apoyo”.

Para mí, ser partera es un don, una sabiduría que Dios me dio, un poder para estar con ese bebé en ese momento.
Yo he atendido muchos partos en casa y les digo a las mamás que todo depende de ellas. Yo solo las ayudo y cuido para que puedan traer a su bebé al mundo. No hay mamá que no pueda tener a su bebé en casa si es su hora.

Algunas dicen que “soy estrecha” (pelvianamente estrecha) y que no pueden tener hijos en casa, pero eso no es verdad. He atendido mamás adolescentes y primerizas que han tenido sus bebés en casa sin problemas. También algunas mamás mayores creen que no podrán tener en casa, pero cuando es su hora, el bebé sale.

Tengo muchos ahijados, algunos ya adultos y con hijos, a quienes he atendido como partera. Para mí, el parto y ser partera es mi profesión, aunque no estudié en la universidad, es un don que tengo.

CONSUELO

Buenos días, me llamo Consuelo Tapullima Tuanama, soy de la comunidad Chirik Sacha y presidenta de la Asociación de Mujeres Víctimas de Esterilizaciones Forzadas del centro poblado de Nauta, El Dorado. Llevo adelante esta organización defendiendo y pidiendo justicia y reparación para todas las víctimas. Ahora también voy a dar mi testimonio como prueba de lo que vivimos de mis daños y las huellas en mi cuerpo.

En septiembre, cuando mi último bebé tenía 7 meses, escuché que estaban operando **hernias** gratis. Una enfermera me dijo que debía ir a operarme. Yo no quería ir, no quería.

Atendieron a mi bebé, le hicieron su control y su vacuna, y me insistieron que tenía que ir. Regresé a casa, hice mi almuerzo. Luego, como somos agricultores, mi esposo me dijo que fuéramos a buscar palos para hacer la huerta. Fui cargando los palos, y cuando ya estábamos llegando, llegó una ambulancia del hospital de la provincia El Dorado.

Me preguntaron si yo era Consuelo, y dijeron que me iban a llevar para operarme. Yo no quería ir, les dije que no. Mi esposo estaba trayendo palos, y yo le dije que no quería ir. Tenía miedo, no sabía qué me iban a hacer.

El doctor, que era el Dr. Beltrán Lozano, decía que tenía que ir porque la hernia era grave y podía cancerar. Dijeron a mi esposo que si no iba a cancelar la operación podía morir.

Esa noche, a las 7 de la noche, mi esposo me insistió para que fuera a la operación. Yo lloraba porque no quería que me cortaran. Escuché a las enfermeras hablar sobre "planificación", pero yo no usaba ningún método anticonceptivo y no sabía qué era eso y porque estaban hablando de eso.

A las 2 de la madrugada me despertaron para llevarme al hospital, pero yo seguía resistiéndome, tenía miedo de que me cortaran la tripa. Mi esposo me animaba diciéndome que era para estar bien y que luego podría cuidar a mi bebé.

Viví también maltratos en mi familia. Por eso me junté con mi esposo a los 14 años y tuve a mi primer hijo a los 15. Me trataban mal y no me valoraban, aunque yo tenía talentos y habilidades. Yo era una madre fuerte y trabajadora.

A las 3 de la madrugada me llevaron caminando al hospital, llorando por el camino. Llegué a las 6 de la mañana. Una enfermera me dijo que tenía que dar de mamar bien a mi bebé.

Yo le dije a mi esposo que no quería que me cortaran, ellos me dijeron que me harían solo un pequeño corte, pero yo sentía que me iban a cortar la barriga y por eso besé a mi bebe diciéndole que si me muero vivirá solo con su padre.

En el hospital vi a muchas mujeres en el suelo amarradas, con batas, con sangre. Le pregunté a una enfermera qué les pasaba, y ella me dijo que no me preocupara, que a mí no me harían nada malo.

Me pusieron una gorra y bata, y me hicieron acostar boca abajo para una inyección en la columna, que era anestesia. Luego me pusieron boca arriba y me pidieron que contara hasta diez, pero yo empecé a cantar una alabanza pidiendo ayuda a Dios: "ayúdame señor con tu espíritu, ayúdame señor con tu espíritu…". Sentí que me cortaban y grité y de allí escuché que las enfermeras y el doctor hablaban de poner más anestesia. Yo de allí no sentía nada nada y perdí la conciencia. Eran las 7 de la mañana. Me llevaron obligadamente a la operación de hernia, me pusieron más anestesia y me dormí todo el día.

Cuando desperté ya eran las 5 de la tarde y no podía mover ni mi mano ni mi cuerpo. Sentía un dolor terrible y grité, pero no me respondían.

La enfermera me llamó varias veces porque mi bebé quería mamar, pero yo no podía moverme.

Luego me dejaron en mi casa, sin cuidado ni seguimiento, y casi muero esa noche por las complicaciones, los dolores.

Nos obligaron a hacernos estas operaciones con mentiras, diciendo que era para planificar y que no tendríamos más hijos, pero eso fue mentira. Nos dejaron como chanchos capados, así decía la gente, insultándonos, diciéndonos capadas, caponas, huecas, vacías, un montón de insultos, me dejaron tirada en mi casa como un chancho que le han sacado sus huevos.

Los doctores nos mentían, recibían plata y les implementaban, decían que nos habían dado charlas para explicarnos, pero nunca pasó esto, a ninguna. Es una mentira, **todo fue mentira**, se han aprovechado de nosotros.

Nos aprovecharon porque somos mujeres indígenas, nativas amazónicas y andinas, que no conocíamos nuestros derechos.

Vivimos humilladas, enfermas, maltratadas, insultadas, y ya no se nos trata como mujeres ni esposas, sino como personas sin valor.

Teníamos hijos hermosos, que criábamos con nuestra leche materna, con mucho amor.

Me han afectado en mi cuerpo, en mi órgano reproductivo. Tenía hermosos hijos, y para nosotros tener un hijo es una alegría, una luz en la casa y en el corazón de madre.

Nos decían que no teníamos derecho a tener muchos hijos, pero nunca dependimos del estado; criamos con nuestro esfuerzo, nuestros recursos y nuestra fuerza.

Ahora, después de esta violencia, ya no podemos trabajar como antes, estamos debilitadas y sin energía para cuidar a nuestros hijos.

Por eso, como presidenta de esta Asociación, pido justicia y reparación para todas.

También pido que nos apoyen con médicos especializados para revisar cómo están nuestras trompas y órganos, porque no sabemos exactamente qué nos hicieron.

Nosotras ahora pedimos que haya un **médico especializado** para las mujeres esterilizadas. En cada reunión, yo como presidenta de la asociación pido eso: que revisen nuestras trompas de Falopio, que nos digan cómo estamos por dentro.

Muchas compañeras han muerto ya por enfermedades causadas por esa operación. El cuerpo se debilita, el dolor complica todo. Nadie nos revisa. Solo vinieron médicos una vez, y solo para verificar si de verdad estábamos ligadas. Nos dieron un papelito como comprobante. Pero eso no cura. Nosotras sentimos los dolores. Ellos, los que ordenaron esto, no sienten nada. No perdieron su cuerpo. Nosotras sí. Nosotras somos las víctimas.

Yo me uní a la asociación para encontrar respuestas, para buscar apoyo, para no estar sola. Nosotras no solo queremos hablar: queremos también lograr algo. Que no se quede solo en palabras.

Pido a las autoridades y a los periodistas que difundan nuestra voz y nuestra tristeza.

Y le pido a la presidenta del Estado que, como mujer, reconozca que somos víctimas de esterilizaciones forzadas contra nuestra voluntad y que reconozca la vulneración de nuestros derechos.

También hay hombres que fueron víctimas, a quienes les hicieron vasectomías sin explicarles nada.

Si nos hubieran informado, quizás no hubiéramos cometido ese error ni permitido que nos hagan daño.
Keiko Fujimori dice: “hemos firmado”, pero no nos dijeron lo que realmente nos iban a hacer.

Por ejemplo, yo firmé pensando que era solo para operarme la hernia, no sabía que me iban a ligar las trompas.

Me desperté con mucho dolor, con dos cortes, y me preguntaba: “¿Qué me hicieron? ¿Qué me hicieron?”. Mi esposo tampoco sabía lo que me habían hecho, me preguntaba: “¿Por qué te han cortado en dos partes?” y yo no sabía qué responder.

Nunca, nunca ninguna enfermera, ningún médico, mucho menos el que nos hizo ese daño, nos explicó nada. Nos usaron como si fuéramos objetos para sus prácticas médicas, causándonos daño físico y psicológico.

Vivimos con el dolor en la mente, a veces lloro al recordar los gritos y las náuseas que tuve cuando me estaba pasando la anestesia y sentía los cortes.

Nadie vino a revisarnos después para sacar los puntos o curar las heridas. Yo misma me saqué los puntos frente a un espejo, llorando por cómo me habían cosido. Nos cosieron con hilo de llantas de carro, así nos cosieron el ombligo.

He tomado remedios naturales, pero ya no soy una mujer entera, porque fuéramos cortadas contra nuestra voluntad.

Ya no estamos sanas ni completas, somos como “huertas” dañadas. Todas las que fuimos ligadas tenemos esa marca en el cuerpo.

Muchas compañeras ya están muriendo de cáncer de útero, u otros problemas por la ligadura.

Nunca nos han dado importancia los médicos para tratarnos.

Cuando vamos a los hospitales, nos dicen que no tenemos nada, pero somos nosotras las que sentimos el dolor.

Hablo indignadamente, con el dolor en mi corazón y en la herida que tengo en mi trompa, porque tuve hermosos hijos que traje a este mundo.

Ahora, por este crimen que nos hicieron, ya no podemos trabajar ni tenemos energía para criar a nuestros hijos. Por eso, como presidenta de esta asociación, pido justicia y reparación porque tenemos pruebas. Tenemos heridas visibles y dolorosas, no nos quejamos sin motivo, lo sentimos en carne propia.

Soy una mujer nativa, orgullosa de serlo, y no me avergüenzo de ser mujer ligada porque fue contra mi voluntad.

No pedí ni quise que me ligaran, al contrario, quería tener mis hijos, porque ellos son mi familia y mi amor.

Pido a todas las personas que leen esto, que nos apoyen, que nos den su solidaridad.

Yo he viajado muchas veces a Lima para pedir justicia y reparación, pero hasta ahora no hay resultados.

¿Por qué? Porque Dina [Boluarte] no quiere atendernos. A nosotras, campesinas, nativas, nos pone de lado.

Queremos que ella se comprometa a apoyarnos, a las mujeres víctimas de las esterilizaciones forzadas.

Muchas compañeras están muriendo sin recibir ningún beneficio ni derecho como víctimas.

En Sauce murió una compañera llamada Guillermina, y seguimos pidiendo justicia sin respuesta.

¿Quién debe respondernos? La presidenta Dina Buluarte.

Eso es lo que le pido.

Comunidad Nativa Alto Pucalpillo

17/06/2025

C. MUJER DE LA CN ALTO PUCALPILLO

C
Era el 2022 y me fui a Tarapoto porque me dijeron que iba a tener cesárea, cuando terminé sin consentimiento ligada, esterilizada.

Estaba embarazada de gemelos. Estaba en cama, con dolor, y me pusieron un suero para aliviar el dolor. Mi esposo estaba afuera y le dijeron que tenía que firmar algo para la cesárea. Le hicieron firmar, tal vez como un acta de consentimiento para la ligadura, sin explicarle nada, diciéndole que era urgente. Él firmó, pero a mí no me hicieron firmar nada. Él firmó sin preguntar, sabes que a veces la desesperación hace que no te dé tiempo de preguntar para qué firmas. Él pensó que era para otra cosa, para la cesárea y firmó.

Mi marido decía que le pedían firmar muchas cosas, tenían que usar varios materiales para la cesárea decían, y él firmó sin leer bien el acta, por la presión y sin saber exactamente para qué.

Después me llevaron a la sala de operaciones para hacerme la cesárea y ahí, dentro, me hicieron también la ligadura sin que yo supiera.
Me hicieron una limpieza y luego me dieron de alta. Estuve casi ocho días entre hospitales y mi casa.
El tercer día salí del hospital y luego a los ocho días fui al control en Lamas para que revisaran la operación, cómo estaba cicatrizando.

Ahí recién me dijeron que me habían hecho la ligadura. Mi esposo me dijo: "Rita, ¿cómo te hicieron las ligaduras?" y yo no entendía nada. El doctor le mostró la firma de mi esposo en los documentos, autorizando la ligadura.

Yo quería saber qué tipo de ligadura me habían hecho, pero no me supieron decir. Me dijeron que hay dos tipos: cortar las trompas o amarrarlas, pero yo no sé cuál me hicieron.

(llorando) A mí no me dijeron que me iban a ligar. Y mi esposo tampoco sabía, pero él firmó los papeles. Hasta ahora no sé qué tipo de ligadura me hicieron, si me cortaron o me amarraron las trompas.

No quería que me ligaran, porque era joven y no quería que me hicieran eso. Todo esto me preocupa mucho.

En el hospital me dijeron que para hacer una denuncia primero se necesita saber quién es el doctor, cuál fue, para poder actuar. Y yo no sé, intenté descubrirlo pero no hay documentos.

Entrevistadora:
Entonces te ligaron sin que te avisaran ni te hicieran firmar a ti.

C
Exacto, a mí no me preguntaron ni me hicieron firmar nada.

Entrevistadora:
¿Sabes si le pasó lo mismo a alguien más?

C
No lo sé, pero hay muchas otras formas de violencias en el hospital contra nosotras. Una vez, mi cuñada dio a luz en la comunidad y le hicieron una limpieza en el hospital de Lamas. Antes, en la comunidad, las parteras ayudaban a las mujeres a dar a luz en casa, pero ahora casi no hay eso.
Mi cuñada tenía miedo de ir al hospital, decía que la iban a maltratar, pero mi mamá la ayudó y mi

cuñada dio a luz en su casa con ayuda de una partera. Luego la llevaron al hospital y de hecho la trataron mal, casi como si fuera un animal por no ir al hospital a dar a luz.

Le hicieron pagar una “multa” por no haber ido al hospital. Luego, en el hospital, le hicieron una limpieza sin anestesia, le abrieron las piernas y le manipularon mucho, le dolió mucho y gritaba. Eso pasa en los hospitales, te hacen las limpiezas sin anestesia, así sufren muchas mujeres.

Hay mucho racismo. Nos obligan a ir al hospital, aunque tenemos gente que sabe curar en la comunidad. Así es.

Entrevistadora:
¿Cómo te sientes físicamente ahora?

C
Siento dolores desde que me operaron, en la zona baja, en la vejiga y espalda. Me cuesta dormir por el dolor.
Quisiera saber qué me hicieron realmente.
Estoy preocupada, y si no hubiera ido a mi control en Lamas, no habría sabido nada. Quien sabe si a otras mujeres pasó lo mismo.

Entrevistadora:
¿Quieres que tu caso se publique para que otras mujeres sepan?

C
Sí.

Entrevistadora:
Gracias, es importante mostrar que esto sigue pasando, no solo en los años de Fujimori, sino también ahora.

MARIDO
Muchas veces se aprovechan de la ignorancia y la falta de información para hacer firmar papeles sin entender.

C
Lo básico sería que haya traductores para que entiendan mejor.

MARIDO
Así no se aprovechan de nuestra falta de conocimiento.

MARIDO
Además el doctor debe informar y pedir consentimiento directo a la mujer.

Entrevistadora:
¿Cómo te sientes emocionalmente al recordar esto?

C
Me siento preocupada, siento que mi cuerpo cambió y tengo dolores intensos. Solo quiero que no pase a otras mujeres lo mismo que nos pasó.

Las entrevistas recogidas en este trabajo no son únicamente relatos del pasado: son también advertencias del presente. El testimonio de **C.**, quien fue sometida a una ligadura en 2022 sin su consentimiento, muestra que la violencia hospitalaria y el racismo institucional que marcaron la década de los noventa **no han desaparecido**. Cambian los discursos, cambian los gobiernos, pero en los centros médicos **las prácticas de discriminación, engaño y abuso de poder siguen vivas**.

El caso de C. confirma que el problema no fue solo una política autoritaria del régimen de Fujimori, sino la expresión de un sistema más profundo que hasta hoy trata a las mujeres indígenas y campesinas como cuerpos disponibles, sin autonomía ni valor propio.

Por eso, estas historias deben ser **visibilizadas**. Porque detrás de cada cicatriz hay una voz que exige ser escuchada, un derecho que sigue vulnerado, una vida que merece reparación. Las mujeres de la Asociación de Víctimas de Esterilizaciones Forzadas de Nauta, y C. con su valentía al denunciar un caso reciente, nos recuerdan que la justicia aún no ha llegado, y que el silencio estatal es también una forma de violencia.

El Perú no puede seguir negando esta realidad. **Se necesita garantizar el cumplimiento pleno de los derechos de estas mujeres**, reconocer públicamente lo ocurrido, reparar de manera integral los daños sufridos y comprometerse a erradicar definitivamente el racismo y la discriminación en el sistema de salud y en todas las instituciones del Estado.

Este conjunto de testimonios nos obliga a mirar de frente la crudeza del pasado y la persistencia del presente. Nos obliga a reconocer que la llamada “planificación familiar” fue, en realidad, una política de **control poblacional** dirigida contra mujeres indígenas y campesinas, y que su legado de dolor aún sigue impune.

A la vez, las palabras aquí recogidas son también un acto de resistencia. Cada frase, cada recuerdo, cada cicatriz narrada es una afirmación de dignidad. No se trata únicamente de denunciar lo que ocurrió, sino de afirmar con fuerza que estas mujeres **exigen ser escuchadas, reconocidas y reparadas**.

Sus relatos no son simples memorias individuales, sino la reconstrucción colectiva de una de las violencias más graves y sistemáticas ejercidas por el Estado peruano contra mujeres indígenas y campesinas.

Gracias Consu, gracias Deli, gracias C., gracias de haberme acogida en vuestras casas, en vuestras familias y gracias a todas las mujeres con quien he tenido la suerte de conversar y se han abierto conmigo. Espero que este texto ayude a visibilizar estas historias y abra los ojos a quien no se da cuenta de cuanta violencia vuestros cuerpos viven y con cuanta fuerza y hermandad ustedes resisten y luchan.